



## CAPÍTULO I.

**Del principio de la guerra de Aragon.**—Enciéndese la guerra entre los reyes de Aragon y Castilla.—Causas de esta guerra.—De las muertes de algunos señores de Castilla.—Los reyes de Castilla y Aragon piden auxilio á los moros, por lo cual los reprende el papa.—El maestro de Santiago D. Fadrique es asesinado en el alcázar de Sevilla por mandado del rey.—Que la armada de Castilla hizo guerra en la costa de Aragon.—Se continúa la guerra con furor.—Don Pedro hace matar en la prision á la reina doña Leonor, despues á doña Juana y á doña Isabel de Lara.—De la muerte de la reina doña Blanca.—Don Pedro pasa de Sevilla á Leon, y continúa en sus crueldades haciendo matar muchas gentes.—En Búrgos hace matar al arcediano Diego Arias Maldonado.—De la muerte del rey Bermejo de Granada.—La crueldad de don Pedro tiene puesto en consternacion todo el reino.—Muere doña Maria de Padilla.

Una guerra entre dos reinos y reyes vecinos y aliados, y aún de muchas maneras trabados con deudo, el de Castilla y el de Aragon, contará este libro: guerra cruel, implacable y sangrienta, que fué perjudicial y acarreó la muerte á muchos señalados varones, y últimamente al mismo que la movió y le dió principio, con que se abrió el camino, y se dió lugar á un nuevo linaje y descendencia de reyes; y con él una nueva luz alumbró al mundo, y la deseada paz se mostró dichosamente á la tierra. Póneme horror y miedo la memoria de tan graves males como padecimos. Entorpecese la pluma, y no se atreve ni acierta á dar principio al cuento de las cosas que adelante sucedieron. Embázame la mucha sangre que sin propósito se derramó por estos tiempos. Dése este perdon y licencia á esta narracion, concédasele que sin pesadumbre se lea: dése á los que temerariamente perecieron, y no ménos á los que como locos y sandios se arrojaron á tomar las armas y con ellas satisfacerse. Ira de Dios fueron estos desconciertos, y un furor que se derramó por las tierras.

Las causas de las guerras, mirada cada una por sí, fueron pequeñas; mas de todas juntas como de arroyos pequeños se hizo un rio caudal, y una grande avenida y creciente de saña y de enojos. Cada cual de los dos reyes era de ardiente corazon y que no sufría demasías, en las condiciones y asperezas semejables; bien que el de Castilla por la edad, que era menor y más ferviente, se aventajaba en ésto, y en rigor, severidad y fiereza. Querellábase el aragonés que sus hermanos tuviesen en Castilla guarida, y hallasen en ella ayuda para alborotarle su reino. Sentía asimismo que D. Fernando su hermano, con color de asegurar al de Castilla que le sería leal, en hecho de verdad por darle á él molestia hobiese puesto guarnicion de castellanos en las sus fortalezas de Alicante y Orihuela. Por el contrario, el rey de Castilla se quejaba que las galeras de Aragon á la boca del Guadalquivir tomaron ciertas naves que en tiempo de necesidad venian cargadas de trigo, del que resultó mayor hambre y carestía. Quejábase otrosí que los foragidos de Castilla eran recibidos y amparados en Aragon:

que los caballeros aragoneses de Calatrava y de Santiago no querian obedecer á sus maestros que eran de Castilla; en todo lo cual pretendia era agraviado, y decia queria tomar de odo enmienda con las armas.

Á estos cargos y causas de romper la guerra se allegó otra nueva, y fué en esta manera. El rey de Castilla, apaciguado que hobo las alteraciones de Castilla la Vieja, y dada orden en las demas cosas, entrado ya el verano partió á la Andalucía para acabar de sosegar á Sevilla y los demas pueblos de aquella comarca. En Sevilla, fatigado con los cuidados y negocios, para tomar un poco de alivio determinó irse á las Almadrabas, en que se pescan los atunes, que es una vistosa pesca y muy gruesa granjería. Hizo aprestar una galera, y en ella se fué desde Sevilla á Sanlúcar de Barrameda. Sucedió estar surgidas en aquel puerto dos naves gruesas. Acaso diez galeras de Aragon que iban en favor de Francia contra los ingleses sus capitales enemigos, salidas del estrecho de Gibraltar, costeaban aquellas riberas del mar Océano. El capitan de las galeras, que se llamaba Francisco Perellos, por codicia de la presa, acometió y tomó aquellas dos naves delante de los ojos del mismo rey. Pareció éste un desacato insufrible. Encarecíanle los cortesanos en grande manera, como gente que deseaba se encendiese alguna guerra con que pensaban acrecentar sus haciendas, y ser más estimados y honrados que en tiempo de paz, cuando por no ser tan necesarios los estimaban en ménos: tal es la condicion de soldados y palaciegos.

Fué Gutierre de Toledo á reñir esta pendencia, y agraviarse del atrevimiento y demasia; mas el capitan aragonés, como quier que era hombre determinado y feroz, sin hacer caso de las amenazas y fieros dió por final respuesta que aquellas mercaderías eran de ginoveses, y que por derecho de la guerra las podía tomar por estar con ellos á la sazón rompida en la isla de Cerdeña por grande deslealtad de Mateo Doria, ginoves de nacion. Vista esta respuesta tan resoluta, el rey de Castilla envió al rey de Aragon una embajada con Gil Velazquez de Segovia, uno de sus alcaldes. Mandóle repre-

sentase las quejas arriba referidas. Que mandase restituir los navíos que sus galeras tomaron á tuerto: demas que le entregase al capitan dellas para castigalle conforme á su temeridad y locura.

Aprestaba á la sazón el de Aragon en Barcelona una armada para pasar en Cerdeña contra los rebeldes de aquella isla. Fuéle por esta causa enojosa la demanda de Castilla; respondió empero con blandura y humildad, que él contentaría al rey de Castilla, satisfaría los agravios que le proponia, y echaria de Aragon los castellanos foragidos; asimismo, que vuelto el capitan, le castigaria segun su culpa mereciese: en lo que tocaba á los caballeros de Santiago y de Calatrava, dijo no pertenecia á su jurisdiccion aquel pleito, por ser personas religiosas, y á él sería mal contado, si en sus cosas se empachaba: que se podría tratar con el Sumo Pontífice como causa y negocio eclesiástico, y lo que se determinase, él mismo lo tendria por bueno y pasaria por ello. No se satisfizo nada Gil Velazquez con esta respuesta, ántes de parte de su rey le desafió y denunció la guerra. Replicó el rey de Aragon: no me parece que ésta es bastante causa para romper la guerra entre dos reyes amigos y confederados; mas yo lo dejo al juicio de Dios, que no permitirá pase sin castigo y enmienda cualquier insolencia: yo no comenzaré la guerra, pero con la ayuda divina, si me la dieren, ni la rehusaré ni la temo.

Destos principios se vino á las manos. Residían en Sevilla muchos mercaderes catalanes: todos en un punto fueron presos y confiscados sus bienes. Hicieron en ambos reinos levas de gentes y los demas apercebimientos: acudieron asimismo á procurar socorros de príncipes extranjeros; en particular D. Luis, hermano del rey de Navarra, que luégo que en Francia prendieron al rey su hermano se volvió á España para proveer á lo de acá, requerido por entrambas partes que se juntase con ellos, no quiso declararse por la una parte ni por la otra, sino como sagaz entretenellos con buenas esperanzas y estar á la mira, dado que de secreto más se inclinaba al de Aragon como á más amigo y deudo. Hízose por un mismo tiempo entrada





por tres partes en el reino de Valencia. D. Hernando de Aragon pretendia levantar los de aquel reino, por la parte que en él tenía, y por la memoria de las revoluciones pasadas, cosa en que más confiaba que en las armas; mas no halló la entrada que él pensaba, ca estaban escarmentados por causa de los males y castigos pasados. Desta manera se entretenia la guerra, y continuaba en los postreros del mes de Agosto, con daño notable de los campos y aldeas de aquella frontera.

En estos mismos dias se dió en Francia la famosa batalla de Potiers, memorable por la matanza que de franceses se hizo muy grande por mucho menor número de ingleses; con que las fuerzas de aquel poderoso reino quedaron de todo punto quebrantadas. El mismo rey de Francia fué preso, y Philipe, el menor de sus hijos: murieron en el campo Pedro, duque de Borbon, padre de la reina doña Blanca; Gualter, condestable de Francia; Roberto, señor de Durazo y pariente del cardenal de Perigueux, que enviado por legado del papa Inocencio para concertar aquellas gentes y asentar las paces, se halló en aquella batalla, sin otros muchos personajes de cuenta que allí perecieron. Sucedió aquella desgraciada batalla á diez y nueve dias del mes de Setiembre deste año de mil trescientos cincuenta y seis. Desta jornada resultaron dos cosas notables, y á propósito de nuestra historia. La una, que por orden de algunos vasallos suyos el rey de Navarra se soltó de la prision en que le tenían, y hallada entrada en Paris, se hizo capitán de muchos sediciosos y alborotó el pueblo para que no acudiesen al Delphin, que pretendia buscar socorros y allegar dineros para libertar al rey su padre, no sin grande ofension de aquella gente.

Con esta ocasion, el navarro, en una junta que se tuvo en Paris, se querelló públicamente del agravio y afrenta pasada. Dijo que su derecho que tenía á la corona de Francia era mejor que el de los que la pretendian por las armas, por ser, como era, nieto del rey Luis Hutin, hijo de su hija, como el inglés fuese hijo de madama Isabel, hermana del mismo. No hay duda sino que el navarro tramaba una nueva tela de discordias, si sus fuerzas fueran

iguales á su voluntad y ánimo: en fin, hizo tanto, que le fueron restituidos sus bienes, y á los pueblos y Estado que heredó de su padre, le añadieron el señorío de Mascon y de Bigorra; no pudo empero alcanzar, por más que andaban revueltas las cosas, que le entregasen á Bria, Campaña y Borgoña, Estados á que pretendia tener derecho.

Sucedió asimismo que D. Enrique, conde de Trastamara, despues desta batalla, en que se halló y salió salvo, se vino al rey de Aragon, convidado con grandes promesas que le hizo. Esta fué la primera puerta que se le abrió, y el primer escalon para venir despues á ser rey de Castilla; éste el principio de su prosperidad. La suma de las capitulaciones de los dos fué, que D. Enrique se desnaturalizase de Castilla, é hiciese pleito homenaje de ser perpétuamente vasallo y amigo del rey de Aragon; que fuesen suyas todas las ciudades y villas, excepto Albarracin, que tuvo el infante D. Fernando de Aragon; que el rey le diese sueldo para seiscientos hombres de á caballo y otros tantos infantes que anduviesen debajo de su pendon y bandera.

Entrado el año de nuestra salvacion de mil y trescientos y cincuenta y siete, con varios sucesos se hacia la guerra en las fronteras de Castilla y Aragon. Tomaron los aragoneses á Alicante, y los castellanos á Embite y á Bortalua. Los principales capitanes del rey de Aragon eran el conde de Trastamara D. Enrique, don Pedro de Exerica y el conde D. Lope Fernandez de Luna; por el rey de Castilla D. Fadrique, maestre de Santiago, los dos hermanos infantes de Aragon y D. Juan de la Cerda. Servian sus capitanes con mayor fidelidad al rey de Aragon que los suyos al de Castilla; los unos constantes y firmes, y estos dudosos y como á la mira de lo que resultaria destas guerras; especialmente que en general aborrecian las maldades y aspereza de condicion de su rey. Así al cabo el de Aragon, con su buena industria y maña, de que hallo que en esta guerra se valió más que de sus fuerzas, los vino á traer todos á su servicio y á tenerlos de su parte.

Don Juan de la Cerda y Alvar Perez de Guzman fueron los primeros que se apartaron del



servicio del rey de Castilla, que todavía tenían presente la muerte de su suegro D. Alonso Coronel, señor de Aguilar, á quien el rey hizo matar, y ellos eran casados con doña María y doña Aldonza, sus hijas. Tenian otrosí miedo que el rey, que con una desenfrenada lujuria, habia puesto los ojos en doña Aldonza, se la querría tomar á su marido Alvar Perez; así por ventura, fueron dos las causas que compeleron á estos caballeros á apartarse del servicio de su rey, y á que de Seron, de donde hacian la guerra en la raya de Aragon, se pasasen al Andalucía, en que tenían muchos parientes y amigos y grande estado. Pretendian con su autoridad y presencia levantar y alborotar aquella provincia, como lo comenzaron á poner por obra, puesto que era grande confianza y osadía, más aina temeridad, atreverse á mover guerra civil en el medio y corazon de un reino tan poderoso.

Á esta sazón el rey de Castilla con todo su ejército tenía sitiado un castillo de Aragon junto á la raya de Castilla, que se dice Tebal, ó Sisamon, como otros dicen. Allí tuvo nueva cómo estos caballeros; desamparado Seron, se iban al Andalucía; fué luégo en pos dellos. Siguiólos algun tanto, mas no los pudo alcanzar, que se fueron como si huyeran por la posta. Volvióse á encender la guerra con mayor furia que de primero. Tomó el rey de Castilla algunos pueblos de poca importancia: con el mismo ímpetu fué sobre Tarazona, ciudad principal, que está cerca de Navarra; ganóla y entróla por fuerza en nueve de Marzo. Los ciudadanos, perdida la parte alta de la ciudad, que era la mas fuerte della, se dieron á partido, salvas las vidas y hacienda; así los dejaron ir libremente á Tudela. Díjose que esta ciudad la perdieron los aragoneses por culpa del alcaide Miguel de Gurrea, que la pudiera sustentar mucho más tiempo, si tuviera mayor corazon y más sufrimiento; así por entender que no podria descargarse y satisfacer bastantemente á su rey, se pasó con su casa y familia al reino de Navarra. Pobló el rey la ciudad de soldados castellanos, y avecindólos en ella; repartióles sus casas, campos y heredades.

El rey de Aragon despues que perdió esta ciudad, no se tenía por seguro dentro de los

mismos muros de Zaragoza. Por esta causa con mayor ansia y cuidado que de ántes, procuró nuevos socorros y ayudas de extranjeros; mayormente que en esta sazón D. Juan de la Cerda en el Andalucía fué muerto y desbaratado por el concejo de Sevilla, de cuyas gentes fueron capitanes en aquella batalla Juan Ponce de Leon, señor de Marchena, y el almirante Gil Bocanegra. Vino de Francia en servicio del rey de Aragon el conde de Fox, y en su compañía muchos caballeros, soldados de fama. El señor de Labrit, su contrario, vino al tanto con un buen número de lanzas á ayudar al rey don Pedro de Castilla. El papa Inocencio envió á España á Guillen, cardenal de Boloña, por su legado para que pusiese paz entre estos reinos. Hizo muchas idas y venidas de los unos á los otros con grandísimo trabajo suyo: en fin, concertó treguas por un año y tres meses, mientras que algunos grandes trataban medios de paz, para lo cual fué nombrado por parte del rey de Aragon Bernardo de Cabrera, y por el de Castilla Juan Fernandez de Hinestrosa. En el entretanto los pueblos que ambas partes ganaran se pusieron en fieldad y como en tercera en poder del cardenal legado, que puso pena de excomunion contra el primero que quebrase las treguas.

Concluyéronse estas pláticas en diez y ocho dias del mes de Mayo. En este mes murió en Lisboa D. Alonso el Cuarto, rey de Portugal, de edad de setenta y siete años, y seis meses: reinó por espacio de treinta y un años, cinco meses y veinte dias: fué enterrado su cuerpo en la misma ciudad, junto al altar de la iglesia mayor, do sepultaron su mujer doña Beatriz. Sucedióle en el reino su hijo D. Pedro, por sobrenombre el Cruel. Un mes ántes le habia nacido un hijo de doña Teresa Gallega, á quien tenía por amiga, despues que su padre hizo matar á doña Ines de Castro. Era doña Teresa mujer muy apuesta; por lo demas, ninguna otra gracia tenía por que mereciese ser querida. Llamaron á su hijo D. Juan, á quien los cielos tenían determinado de entregar el reino de su padre y abuelos, como se dirá adelante en su debido lugar. Volvamos á las cosas de Aragon y Castilla.





Hechas las treguas, los aragoneses entregaron al cardenal legado los pueblos y fortalezas que tenían de Castilla: hicieronlo de mejor gana por ser pocas las que ellos ganáran. El rey de Castilla, si bien consintió en todas las demás capitulaciones, nunca se pudo acabar con el que quisiese sacar de Tarazona los soldados castellanos que nuevamente hizo avencindar en ella. Mientras estas cosas se concluían, fué á la ciudad de Sevilla para apaciguar las revueltas de Andalucía, y juntar una buena armada con que hacer guerra en los pueblos marítimos de Aragon, luégo que espirase el tiempo de las treguas; la paz ni la esperaba, ni aún la deseaba. En Sevilla dióse tanto á los amores de doña Aldonza Coronel, que en su respeto no hacia ya caso de doña María de Padilla: ¡cuán poco duran las privanzas y favores! ¡cuán ciega é indómita bestia es un hombre sujeto á sus pasiones! Ningunas dificultades ni trabajos eran bastantes para poder apartar al rey D. Pedro de sus deleites y torpezas.

Causalo, pues, y mohino el legado de sus cautelas y mañas, le descomulgó y puso en toda Castilla entredicho: todavía pareció que el legado en esto procedió con más prisa y cólera de la que en tan grave caso se requería: por esta causa el Papa le envió á llamar, y le hizo salir de España. Todas eran trazas y mañas del rey de Aragon, por hacer más odioso al de Castilla, y que le tuviesen por un mal hombre, sacrilego y descomulgado, ca pretendía con esta infamia y mala opinion que los de su reino le desamparasen: maña en que ponía más confianza que en su valor y fuerzas. Sucedióle al rey de Castilla nuevo disgusto. Tenía en su poder á doña Juana, mujer de su hermano don Enrique. Pedro Carrillo, un caballero criado suyo, tuvo manera para la sacar de Castilla, y la llevó á Aragon y la entregó á su marido. Con esto se acabó de perder la esperanza que de paz podia quedar entre los dos hermanos. Los otros dos, D. Fadrique y D. Tello, tenían gana de rebelarse: ninguna otra cosa los detenía para que no se pasasen al de Aragon, sino que entendían no les podría dar igual recompensa á los grandes estados que dejaban en Castilla.

Esta tardanza en este mismo tiempo, fué da-

ñosa y mortal á muchos. D. Fernando de Aragon estaba en esta coyuntura en guarnicion de la villa de Júmilla, que él en aquella frontera ganára á los aragoneses; tenía sus tratos secretos con Bernardo de Cabrera; en fin, se pasó al rey de Aragon, porque se le concedió la procuracion del reino y la restitution de su estado; que en tiempo tan apretado y de tanta necesidad, nada parecia demasiado. La rebelion de D. Enrique y de D. Fernando, como dió la vida á los aragoneses, así causó la muerte á los hermanos de ambos, como adelante se verá. En Cerdeña en estos dias las cosas se mejoraban con la muerte de Matheo Doria, que sucedió á bien tiempo, y el rey de Aragon se concertó con sus sucesores. Mariano, el juez de Arborea, no se acababa de sosegar, puesto que con tan gran pérdida como la de Oria, poco se adelantó su partido. La mayor parte de Sicilia, en este mismo tiempo tenían ocupadas las guarniciones y soldados del rey Luis de Nápoles. Palermo y Mecina, dos principales ciudades de aquella isla eran suyas. D. Fadrique, llamado el Simple, que dos años ántes sucedió en aquel reino á su hermano el rey D. Luis, era de poca edad, de corto ingenio y ménos fuerzas y poder. El título de rey conservaba en sola la ciudad de Catania con cortas esperanzas, á causa que volvía á revivir la parcialidad francesa, y tenía por vecinos á los reyes de Nápoles, y los isleños le eran desleales.

Con esto en tanto grado perdió el ánimo y esperanza de poder defenderse y sustentar su reino, que hizo donacion de Sicilia, Athenas y Neopatria á su hermana doña Leonor, mujer del rey de Aragon. Desta donacion envió al rey, marido della, escrituras públicas y auténticos instrumentos, para convidarle y animarle á que le enviase sus gentes y armada con que defender á Sicilia. El rey de Aragon quisiera acudir á su cuñado, mas tenía tanto que hacer en su casa con una tan pesada y peligrosa guerra, y llena de grandes dificultades, que no pudo ayudar como quisiera á las cosas de Sicilia, que llegaron á término de estar de todo punto perdidas. El esfuerzo y lealtad de D. Artal de Alagon, conde de Mistrata y maestro justicier de Sicilia, que hizo rostro á los



enemigos, y los venció en una batalla en que mató muchos de ellos, y hizo justicia de algunos del reino culpados, las entretuvo. La deslealtad de otros fué vencida con algunas mercedes que les hicieron; que en fin dádivas todo lo acaban y ablandan.

El ardiente deseo de vengarse llevaba al despeñadero á los reyes de Castilla y de Aragon, sin cuidar de lo bueno y justo, y sin que echasen de ver lo que en el mundo se podría decir dellos; en que se empeñaron de suerte que no tuvieron empacho de llamar los moros en su ayuda. El rey moro de Granada envió golpe de gente de á caballo en favor del rey de Castilla, con quien meses antes se aviniere. El de Aragon llamó de África al rey de Marruecos para oponerle á su enemigo, balancear las fuerzas y estar con él á la igualdad: acuerdo infame y traza vergonzosa á la religion cristiana. Quejóse gravemente dello por sus cartas el padre santo Inocencio, y entre otras razones les escribió que se maravillaba mucho que el deseo de hacerse daño llegase á tanto extremo, que no tuviesen miedo de traer á su tierra una peste tan contagiosa y mala, con que y con menor ocasion en otro tiempo se asoló y destruyó toda España. Fuera este cuidado y diligencia del pontífice buena y á buen tiempo; mas las orejas los reyes tenían con un exceso de pasion y enojo de tal manera tapadas, que no oyeron sus paternales, santas y saludables amonestaciones.

Los grandes que seguían la opinion de Castilla, fueron por los aragoneses solicitados y aún persuadidos á que se pasasen á su parte. El primero el infante D. Fernando de Aragon: la misma naturaleza inclinaba á que en este riesgo quisiese ántes favorecer á su hermano que al rey de Castilla, su primo.

Tuvo sus hablas secretas en la villa de Júmilla, que ganára en esta guerra, como se tocó ya, y finalmente, por la buena diligencia y persuasiones de Bernardo de Cabrera se pasó á su hermano el rey de Aragon. No pudieron estar secretos tratos de tan grande importancia; así en el principio del año de mil trescientos cincuenta y ocho, el maestro de Santiago, don Fadrique, tomó por fuerza de armas á Júmilla

y la sacó del poder de los aragoneses. Hecho esto, vino el maestro á Sevilla, y entrado en el alcázar, por mandado del rey, su hermano, delante de sus ojos fué cruelísimamente muerto por unos ballesteros de maza del rey. Este fué el premio y mercedes que le hizo por el buen servicio que le acababa de hacer, bien es verdad que se sabe de cierto no andaba muy sosegado, y que trataba de pasarse á Aragon: sospecho que este trato debió de venir á noticia del rey, y que por esta causa se le aceleró la muerte.

Luégo que fué muerto D. Fadrique, se partió el rey á grande prisa á Vizcaya: las manos que ya tenía tintas en la fraternal sangre, quería en aquella provincia volverlas á ensangrentar con otro semejante ejemplo de severidad. Sospechó su hermano D. Tello, y huyóse á Francia en un navío, y de allí se fué á Aragon para vengar con las armas su injuria y la muerte del hermano. No faltó otro desdichado en quien, en su lugar, el cruel rey ejecutase su saña. Ido D. Tello, el infante D. Juan de Aragon, á quien se debía el señorío de Vizcaya por ser casado con doña Isabel, hija de D. Juan Nuñez de Lara, y también el rey á la partida de Sevilla se le prometió, le suplicó fuese servido de dárselo, pues con la huida de D. Tello quedaba sin dueño y desamparado.

El rey, ó porque le apretó mucho con esta manda, ó por saber que era de acuerdo con los demás grandes que se eran pasados á Aragon, en Bilbao, do á la sazón estaban, le hizo matar á sus maceros; y aún escribe un autor que él mismo le acabó de un golpe de javalina que le dió con su propia mano: abominable crueldad. Su cuerpo le hizo echar de una ventana abajo, y caído en la plaza, dijo á muchos vizcainos que le miraban: «Veis ahí á vuestro señor y al que demandaba el Estado de Vizcaya.» Mandóle despues llevar á Búrgos, mas ni le dió sepultura, ni se le hicieron las debidas honras ni obsequias, ántes, por mandado del rey, lo echaron en lo profundo del rio, que nunca más pareció: con esto echó el sello y acabó de suplir lo que á un caso tan atroz faltaba de crueldad, que era vengarse en el cuerpo de su primo hermano, tan malamente muerto. Con la misma